



EXCMO. SR. D. ALFONSO BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA¹

Presidente de la Asociación Católica de Propagandistas
y de la Fundación Universitaria San Pablo CEU

Vamos a empezar con esta sesión de inauguración, con el 22 Congreso Católicos y Vida Pública y, ante todo, Don Bernardito, si quiere usted comenzar con una oración.

Mons. Bernardito Auza, Nuncio del Vaticano en España: Buenas tardes a todos. Buenas tardes a todos los participantes y, en las circunstancias de hoy, (inaudible) nos siguen online, como se dice.

Entonces, saludos también en nombre del Santo Padre, saludos y bendiciones (inaudible) a todos nuestros hermanos y hermanas, que participan en este acto de inauguración del 22 Congreso Católicos y Vida Pública.

Don Alfonso Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera:
Muchas gracias.

Por mi parte, yo quiero dar las gracias a Don Bernardito Auza, Nuncio del Vaticano en España, por acompañarnos. Desde que comenzamos con el Congreso hace veintidós años, han sido ya cuatro los nuncios que nos han ido acompañando: en primer lugar, monseñor Lajos Kada; posteriormente, Monteiro de Castro; últimamente, Don Renzo Fratini; y, ahora, Don Bernardito Auza, que es el primer año que está con nosotros, puesto que, como saben, llegó hace menos de un año a España.

Dar las gracias también por encontrarse con nosotros a monseñor Fidel Herráez, Consiliario Nacional de la Asociación Católica de

¹ Transcrito por audición.

Propagandistas; a Don Marcelino Oreja Aguirre, Vicepresidente de la Fundación Universitaria San Pablo CEU; a Don Rafael Sánchez Saus, Director de este Congreso; y gracias, cómo no, a todos ustedes por acompañarnos en esta nueva forma de acompañar en los tiempos que vivimos.

En su última encíclica, *Fratelli Tutti*, hablando sobre la cultura del descarte, escribe el Papa Francisco: “*Vimos lo que sucedió con las personas mayores en algunos lugares del mundo a causa del coronavirus. No tenían que morir así*”. Qué doloroso ha sido leer esta frase, pues qué evidente resulta que uno de esos lugares del mundo donde se dejó morir a decenas de miles de personas mayores en el más completo de los abandonos ha sido España; y con qué profunda impresión resonaban sus palabras: “*no tenían que morir así*”. Ciertamente, no tenían que haber muerto así, solos, desasistidos de sus familias, de sus Iglesias, sin los últimos auxilios naturales y sobrenaturales, pero ha ocurrido y esto ya no puede cambiarse.

La cuestión que se suscita ahora es: ¿qué hemos aprendido de esta dolorosa y trágica experiencia? Si volvemos nuestra vista al interés político por parte de la coalición de partidos en el Gobierno para legalizar la eutanasia cuanto antes y con el menor debate social posible, habremos de concluir tristemente que nada.

¿No sería bueno parar un segundo y reflexionar sobre lo que ha pasado? Entiendo que sí, y eso es lo que queremos hacer este fin de semana en el 22 Congreso Católicos y Vida Pública, que, con el título de *El momento de defender la vida*, se va a celebrar estos días en la Universidad CEU San Pablo en Madrid.

Este Congreso no trata solo de expresar nuestro rechazo a toda legitimación de una cultura de la muerte, del aborto, el infanticidio o la eutanasia que, por supuesto, es mucho más. Lo que se pretende es encontrar una sabiduría profunda que nos explique por qué se ha perdido una cultura de la vida y cómo es posible recuperarla, y aquí la última encíclica de Francisco, antes mencionada, es una poderosa fuente de luz. Su tesis de fondo es esta: “*Todo lo que amenaza la vida humana, el origen de su desprecio y desvalorización, nace de una cultura y de una sociedad enferma de individualismo*”. Una sociedad perfectamente definida por el título que David Riesman dio al más famoso de sus ensayos, *La muchedumbre solitaria*.

Es la disolución de la trama de los vínculos sociales, la atomización de la vida social en individuos aislados, sin raíces ni referencias sagradas, la que crea las condiciones de la cultura del descarte, de la posibilidad de prescindir de los más débiles e indefensos de nuestra sociedad, los que no

pueden gritar ni defenderse, de los ancianos, de los desahuciados, de los que están por nacer.

¿Qué es la eutanasia sino la desvinculación de la vida del que se halla en una situación difícil de su entorno más próximo y de la sociedad en su conjunto, que debía velar por él y por su vida? ¿Y no sucede acaso lo mismo con el caso del aborto y la desvinculación previa, afectiva y psicológica, entre la madre y el niño por nacer? No falla: antes de una decisión de muerte, siempre existe la previa disolución de un vínculo, porque la vida humana es siempre la vida de unos con otros, en un emplazarse donde todos nos sostenemos y necesitamos recíprocamente.

Se olvida —dice una vez más el Papa Francisco— que no existe peor alienación que experimentar que no se tienen raíces, que no se pertenece a nadie. El diagnóstico es claro y la enfermedad es evidente para quien quiera verla, y no es otra que un individualismo radical, que, llevado a sus últimas consecuencias, genera la exaltación de una libertad centrada exclusivamente en la autodeterminación de la voluntad o el capricho frente a la verdad. Una exaltación que termina por enfermar al hombre hasta la muerte, la propia y la del otro.

Vemos —señala el Papa Francisco—, no sin angustia, cómo impera la indiferencia cómoda, fría y globalizada, hija de una profunda desilusión que se esconde detrás del engaño de una ilusión: creer que podemos ser todopoderosos y olvidar que estamos en la misma barca. Un poco más adelante concluye con esta usurpación su luminoso análisis de la situación del hombre actual: “Presos de la virtualidad, hemos perdido el gusto y el sabor de la realidad”.

Así pues, la convocatoria de este Congreso en defensa de la vida es una apuesta por recuperar el gusto y el sabor de la realidad; el gusto y el sabor de una realidad que Dios ha querido viva y que la ha destinado para la vida. Por eso —y esta es una observación de máxima importancia—, los católicos solo estaremos en condiciones de ser una ayuda para nuestros contemporáneos si previamente se da en nosotros este gusto y sabor por lo vivo, por toda la vida, por la vida en todas sus manifestaciones, formas y estados, incluidos los más frágiles y dependientes, los terminales y los finales.

Es de este vínculo con la vida, o, mejor, de este vínculo con quien es la fuente de la vida que nosotros los católicos estaremos en condiciones de llevar una palabra de esperanza a la vida pública española. Sí, queremos dignificar la vida pública, pero para ello es necesario, primero, que nuestras comunidades y asociaciones sean ellas mismas fuentes de vida, espacios de

vida comunitaria, donde el otro sea una prioridad absoluta para cada uno de nosotros.

“*Mirad cómo se aman*”, esa será siempre la señal de los cristianos. Si fallamos en esto, este Congreso será inútil. Si los Congresos Católicos y Vida Pública se limitan a ser un momento a lo largo de un año, por brillante y luminoso que este momento pueda ser, hay que decir que hemos fracasado.

Desde que mi predecesor, como Presidente de la Asociación Católica de Propagandistas, Alfonso Coronel de Palma, me designara como primer Director de estos Congresos hace veintidós años, siempre me dejó claro que su razón de ser —casi me atrevería a decir su única razón de ser— estaba en generar una unidad católica, que, respetuosa siempre con la rica y variada pluralidad de carismas, sensibilidades y espiritualidades existentes en la Iglesia española, llevase una palabra común a la sociedad, una palabra que fuese eco de la gran palabra que Dios nos ha dado a los hombres, una palabra de fe, esperanza y caridad, una palabra que tiene un nombre concreto y que se hizo carne y ha entrado en la historia como palabra de salvación y fuente de vida: Jesucristo.

Solo Cristo —bien lo sabemos— es el único que nos puede devolver el sabor y el gusto por la realidad, el gusto por la vida, porque él es precisamente la palabra de vida, y del vínculo que todos y cada uno de nosotros tengamos con él a través de la Iglesia, de sus sacramentos y sus comunidades, es de donde nacerá el vínculo que nos devuelva el gusto por los demás, por nuestros prójimos, comenzando por los más débiles, necesitados y vulnerables.

Y es aquí —de esto no tenemos ninguna duda— donde una sociedad se juega su destino: o bien procura el fortalecimiento de los vínculos que sostienen la trama de la vida y que hacen posible un crecimiento de la persona equilibrado y saludable, o bien favorece una cultura de la desvinculación, donde el individuo se halla prisionero de una soledad que le ahoga y le hace incapaz de apostar por la vida con todas sus consecuencias. Ahora toca decidir dónde quiere estar cada uno. Nosotros ya hemos optado por la defensa de la vida y a eso estamos todos convocados.

Continuamos con las intervenciones de esta mesa inaugural del Congreso y, en esta ocasión, cedo la palabra a Don Fidel Herráez Vargas, Consiliario Nacional de la Asociación Católica de Propagandistas. Don Fidel, cuando usted quiera.